





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción y, excepto en caso de acontecimientos históricos, cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Bad Men*

© 2023, Julie Mae Cohen. Publicado originalmente por Zaffre, un sello de Bonnier Books UK Limited.

© 2024, de la traducción por Natalia Calviño Costas

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-28-7

Código IBIC: FA

DL: B 4.879-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Endoradisseny

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Julie Mae Cohen

# Una chica mala

Traducción de Natalia Calviño



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024



*Para ti. Sí, tú. Ya sabes quién eres*





Era más fácil imaginar a una mujer muerta  
que a una mujer que mata.

ALIA TRABUCCO ZERÁN,  
*Las homicidas*



# Prólogo

Newport, Rhode Island,  
hace diecisiete años

Estamos jugando al juego favorito de Susie, ese en el que soy la propietaria de una tienda y ella interpreta el papel de todos los juguetes de peluche que entran, por turnos, a comprar varios artículos de su habitación, y yo finjo que no quiero venderle ninguno.

—Oh, no, señor —digo como si estuviera ofendida—. No podría venderle un par de calcetines, ya que en esta tienda no vendemos calcetines. Debe de haberse equivocado y busca la tienda de calcetines de al lado; ahí tienen muchísimos calcetines.

—Pero hay unos calcetines ahí mismo —exclama su oveja de peluche en tono grave, mientras hace una señal con la cabeza de peluche hacia el cajón en el que tengo apoyada la cabeza.

—Esos calcetines no están a la venta —añado—. Por nada en el mundo.

—Pero necesito calcetines y esto es una tienda. —Su ceceo hace que la frase suene adorable.

—Estos calcetines son especiales, no se pueden vender bajo ningún concepto y siempre deben permanecer en nuestra colección de artículos preciados para preservarlos para las generaciones futuras.

Susie se ríe. Tira de una de sus trenzas rubias, que le hice a petición suya esta mañana, porque dijo que quería parecerse a Heidi. La de la izquierda todavía está perfecta, pero la de la derecha ya se está deshaciendo porque no para de jugar con ella.

—Saffy —me riño—, le tienes que vender al señor Oveja lo que quiere.

Siempre se sale del papel así cuando estamos jugando. Le gusta darme órdenes y decirme que lo estoy haciendo mal. Susie tiene

sus propias reglas para cada juego y a diferencia de los juegos que veo cada día a mi alrededor —a los que juegan los adultos—, nunca consigo averiguar cuáles son sus reglas ni predecir cómo cambiarán. Es uno de los motivos por los que me encanta jugar con ella. Nunca te aburres.

—Pues la oveja debería pedir algo que pueda venderle, Susie-san.

Ese es el apodo que le he puesto a mi hermana. Harold nos paga las clases de japonés al igual que todo lo demás.

—Si no me puedes dar los calcetines especiales —dice Susie con la voz del señor Oveja—, entonces dame los que llevas puestos.

—¿Estos calcetines? —Estiro los pies con indignación y muevo los dedos—. Estos son mis calcetines. Se me congelarán los pies sin ellos.

—Exijo que me des tus calcetines y los quiero ya.

—¿Cuánto me va a pagar por ellos?

Susie frunce el ceño mientras piensa.

—Quinientos dólares —responde por fin.

—No se los podría vender por menos de quinientos dólares y cincuenta centavos.

—Quinientos dólares y dieciocho centavos.

—Vendidos.

Me quito los calcetines rosas de Hello Kitty. Son demasiado infantiles para mi edad y apenas me caben en los pies, que han crecido dos números este verano. Los aliso con cuidado para quitarles todas las arrugas que puedo y los enrolló hasta darles la forma de un rollo de canela cubierto de chocolate.

—Pero no haga como la última vez, señor Oveja, y me acabe diciendo que no tiene dinero.

Alargo la mano y hago con los dedos el gesto universal que equivale a «dame dinero».

—¿Señorita Susan? —Meg aparece en la puerta—. Su padre quiere que vaya a nadar con él.

Se me paraliza la mano. Completamente quieta, con los dedos enroscados en el aire como serpientes.

—Vale —dice Susie.

Se pone de pie y deja al señor Oveja en la alfombra. Su alfombra es de color azul claro, como el cielo, y tiene nubes blancas. La pedí cuando estaban decorando su cuarto para que cada día sintiera que caminaba por el aire. Quería que una de las dos fuese luz y alegría.

—No —objeto.

—Me gusta nadar —dice Susie.

Es cierto. Se le da muy bien la natación. Le enseñé yo misma cuando Harold no estaba en casa. La piscina no es un lugar malo. No es culpa de la piscina. Los espacios no significan nada por sí mismos; es lo que ocurre en ellos lo que adquiere un significado.

—Pero has estado resfriada —añado—. No es buena idea. Podrías ponerte mala otra vez.

Meg capta el mensaje; se ha marchitado. Desde que murió nuestra madre, se nos suelen marchitar las criadas. Hacen todo lo posible por no ver lo que tienen delante.

—Pero papá...

—Le diré a Harold que estás resfriada. Puedes ver *La sirenita*. Yo iré a nadar con él en tu lugar.

—Siempre vas a nadar con papá.

Hace pucheros, así que mi única opción es hacerle cosquillas hasta que se ría. Debajo de la camiseta rosa se esconde la barriguita de una niña y cuando se ríe, muestra los huecos en los que deberían estar las dos paletas. Solo tiene seis años.

Solo seis.

Aunque yo tenía cinco años cuando empecé a nadar con Harold.

—Tú y yo iremos a nadar después —le digo—. Jugaremos a Marco Polo.

—Prométemelo.

—Si el señor Oveja paga lo que debe, es una promesa vinculante y sincera.

Me acerco a la televisión que está en la esquina y encuentro el DVD. Susan se acomoda en el puf y le doy al Play. Me agacho y

beso a mi hermana en la raya, esa raya perfecta que le hice en el pelo esta mañana; la piel blanca e inocente.

Después, me dirijo a mi habitación a través del pasillo alfombrado y silencioso, y me pongo el bañador.

Siempre me pongo el bañador, aunque sé que es inútil. Forma parte de su juego, el juego en el que me obliga a participar, el juego en el que conozco las reglas tanto como las pecas de mi muñeca o la forma de cada una de mis uñas.

A veces nada después. Últimamente, yo también me he puesto a nadar. Un crol enérgico, de una punta a otra de la piscina, una y otra vez. Le demuestro que sé lo que estoy haciendo. Le muestro que puedo controlar mi respiración y mi cuerpo, que soy poderosa en el agua.

¿Por eso ha preguntado hoy por Susan y no por mí?

No me cruzo con nadie mientras bajo por la deslumbrante escalera principal; mi mano acaricia la barandilla pulida. Al menos, nadie vivo. Sus antepasados me miran desde los marcos dorados en las paredes. La mitad de ellos se parecen a él, la otra mitad, no; lo cual es un alivio, como solía decir nuestra madre. El retrato serio y remilgado al final de la escalera lleva puestas una especie de gola y peluca. Era un juez y tiene los mismos ojos de color azul pálido que Harold. Los han pintado para que te sigan. El truco está en que los iris no toquen el parpado inferior; mi profesor de arte me lo explicó una vez. Dibujé decenas de caras mil veces, cuyos ojos te seguían, y las colgué en la pared de la clase. No me protegieron.

Podría haber ido a un internado en Inglaterra si lo hubiese pedido, pero quería quedarme con mi hermana. Sabía que este día llegaría.

Mis pies descalzos emiten un susurro sobre la alfombra persa y luego azotan las baldosas. He hecho este recorrido tantas veces que debería haber un camino labrado en el suelo. Harold detesta quedarse en Nueva York en verano. Le gusta la brisa marina, su yate y su piscina exterior, su pequeño dominio acuático.

Un seto enorme separa la piscina de la casa. Cuando lo rodeo, Harold ya se encuentra en el agua. Está en la esquina de la parte honda —la más cercana a mí— con los brazos apoyados en los bordes, junto al trampolín, y patalea a sus anchas en el agua.

Harold Lyon es un hombre apuesto. Lo llevo escuchando desde que soy pequeña, cuando mi madre se casó con él, aunque no termino de verlo. Tiene el pelo rubio, todavía sin las entradas de algunos de los antepasados de los retratos, y los ojos claros con unas pestañas tan rubias que parecen blancas. Hace mucho ejercicio, por lo que está fuerte y en forma. Tiene el pecho cubierto de pecas y una mata de pelo rubio en el centro, que sé que es rizado y suave, no como el de la cabeza.

Mi madre lo amaba. Esto me resulta extraño, pero intento pensar en ello de manera objetiva, para que no duela tanto.

Se da la vuelta cuando oye unos pasos y frunce el ceño cuando se da cuenta de que soy yo.

—Le pedí a Meg que me trajera a tu hermana —dice.

—No tendrás a Susie.

Me quedo a medio metro de la piscina, cerca de la esquina en la que está él; los dedos de los pies se me encogen en el hormigón. Hace frío fuera hoy; no hace día para bañarse ni de broma. Tengo la piel de gallina. Bajo la parte de arriba del bikini, se me han puesto duros los pezones y sobresalen como si fueran dos minitetas. Es todo lo que tengo; aunque soy bastante alta para mi edad y tengo los pies grandes, todavía no me han salido lo que las revistas llaman «curvas». Ni siquiera me ha bajado la regla, aunque los libros que me han dado dicen que dentro de poco me adentraré en el incierto y aterrador camino hacia la madurez.

Quizá por eso ya no me quiere. Quizá no tiene que ver con la natación ni con nada que haya hecho, o al menos nada que haya hecho a propósito. Quizá es por naturaleza. El rumbo que deben seguir nuestras vidas.

Estamos en septiembre y las hojas de los árboles se están vol-

viendo amarillas. Todos los árboles son de Harold, hasta donde alcanza la vista desde cada ventana de la casa.

—¿Qué quieres decir con eso? —me dice—. Solo quiero nadar. Tiene una sonrisa burlona en la cara. He aprendido este juego en concreto de él: cómo decir una cosa y dar a entender una completamente distinta. Cómo contar mentiras y conseguir que los demás también finjan creerlas.

—No voy a permitir que se lo hagas a ella —espeto—. Puedes seguir haciéndomelo a mí. Incluso fingiré que me gusta si es lo que quieres, pero a ella no la puedes tocar.

—No sé de qué estás hablando.

—Te llama papá. Al menos, yo nunca lo hice.

—Bueno, soy su padre.

—No eres su verdadero padre.

Harold frunce el ceño.

—Seraphina, deja de ser tan pesada. Vete a buscar a tu hermana.

—No.

Se gira por completo con una expresión horrible de ira y deseo frustrado.

Tengo que evitar que me castañeen los dientes. Tengo que recordarme que no debo sentirme avergonzada. Lo hago por mi hermana. Nadie puede verme. Nadie puede oír nada. Si pudieran, esto habría acabado hace mucho tiempo.

O quizá no. Harold es un hombre poderoso y nosotras solo somos unas niñitas.

Harold arruga el entrecejo más que nunca. Saca parte del cuerpo del agua. Antes me mimaba y me adulaba. Antes me prometía lo que quisiera. Tengo una habitación llena de juguetes con los que nunca he jugado y armarios repletos de chocolate que nunca quise probar.

—Deja de ser tan patética —exclama—. Deja de intentar comportarte como una mujer. Es grotesco. Eres pellejo y huesos. ¿Por qué iban a quererte? Eres una niña fea y serás una mujer fea.

Oigo como su voz dice otras cosas, las cosas que me solía decir.



La forma en la que su voz resuena en los azulejos de la piscina cuando estás en el agua con él. «Mi niña, mi dulce niña, mi niña secreta».

Me lo imagino diciéndole esas cosas a mi hermana pequeña que todavía no conoce el juego. Susie, que cree que puede traspasar los límites de la realidad y decidir lo que va a pasar; que es tan ingenua y feliz, y no sabe cómo proteger las partes más importantes de sí misma.

Salto. Me agacho a cuatro patas y me lanzo, desde el hormigón, hacia él. Quiero que se calle. Quiero que pare. Tengo los dedos extendidos para arañarle la cara. No le doy en los ojos y mis uñas le raspan la mejilla, pero le he pillado por sorpresa y echa la cabeza hacia atrás. Oigo cómo le chocan los dientes al golpearse la cabeza con el trampolín.

Un crujido húmedo de pelo y cráneo.

Su cuerpo —que es más fuerte que el mío y siempre ha sido más fuerte y grande— se desploma y mi peso lo hunde en el agua. Estoy encima de él y tiene la cabeza debajo del agua.

No está inconsciente. No sé por qué, pero lo sé. Quizá he pasado tanto tiempo analizándolo que ya conozco todos sus estados de ánimo y cada respiración. Pero no se lo esperaba y estoy encima de él. Consigo poner las piernas sobre sus hombros, aprieto los muslos alrededor de su cabeza y le empujo hacia abajo. Me sujeto al bordillo de la piscina y empleo toda la fuerza que he obtenido al nadar a crol de una punta a la otra. Intento demostrarle que soy fuerte y que estoy creciendo.

Harold forcejea. Me araña los muslos versionando lo que solía hacerme. Incluso me mete los dedos en la braguita del bikini. Empuja la parte de atrás de la cabeza contra la zona en la que siempre me tocaba con tanta autoridad y dominio, como si se hubiera ganado el derecho a ello cuando se casó con mi madre.

Las burbujas de aire le salen de los pulmones y la boca como un pedo.

Suelto una risita en el aire frío. Mientras me empuja, indefenso,

me doy cuenta de pronto de lo que podría significar la madurez. En lo que me convertiré cuando me baje mi primera regla, cuando se me hinche el cuerpo y se convierta en el de una mujer. Podré cambiar las normas. Tendré la capacidad de arreglar las cosas.

Esto... va a ser maravilloso.

Harold deja de forcejear mucho antes de lo que esperaba. De todas formas, lo retengo ahí un rato, inerte entre mis piernas. Contemplo el seto de tejo, recordando cómo elaboraba pociones mágicas en un tarro con el agua de la piscina y las bayas rojas del tejo, cómo las aplastaba con un palo hasta que las semillas marrones flotaran y el agua se volviera del color de la sangre.

«Son bayas venenosas», me había dicho mi madre. «No bebas el agua después de echarlas». Lo que mi madre no sabía era que su marido y la piscina serían mucho más peligrosos que cualquier baya. Murió demasiado joven y la encontré en la cama, seguía estando preciosa, pero se había atragantado con las pastillas, y mi padrastro me dijo que fue culpa de ella.

Me agarro al borde de la piscina para mantenerlo debajo del agua hasta que me quedo sin fuerza y empiezo a tiritar de frío, pese a que me hierva la sangre. Después, relajo las piernas, en las que empiezo a tener calambres. Harold flota a su aire. Decían que tenía los hombros y el pelo bonitos. Sus hombros y su pelo flotan en el agua. Sus manos se mecen como medusas inertes. Parece un muñeco del que se han deshecho y olvidado.

Lo cojo por la cinturilla del bañador y lo arrastro hasta el borde de la piscina. Intento subirlo por la escalera, pero pesa demasiado cuando no está en el agua, así que lo dejo ahí, flotando boca abajo. Siempre le ha gustado el agua. Todo encaja.

Me quedo mirándolo durante un instante. Respiro con tranquilidad y sonrío, porque me estoy imaginando a Susie en su habitación viendo *La sirenita* y cantando *Parte de tu mundo*, con la esperanza de que algún día su príncipe la encuentre y sea feliz para siempre.

Ahora estará a salvo.

Yo también tengo que mantenerme a salvo. Así que reprimo mi felicidad y la guardo bajo llave. Cierro los ojos y tomo aire con todas mis fuerzas, una vez más, y otra, mientras me gotea agua del pelo en el hormigón.

Grito.

Luego salgo corriendo lo más rápido que puedo hacia la casa, porque acabo de darme un baño y me he encontrado a mi padrastro ahogado en la piscina. Ahora, por fin, soy yo la que decide qué va a pasar.

Tengo doce años y toda la vida por delante.

# Capítulo 1

## Londres, ahora

Me llamo Saffy Huntley-Oliver y mato a hombres malos.

Esto, obviamente, es un secreto. Para el mundo exterior, soy algo distinto. Soy exmodelo y, por lo visto, «famosa»; aunque eso hace que parezca mucho más sociable de lo que soy en realidad. Estoy licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Durham, ya que es prácticamente obligatorio para las mujeres de mi clase social. Obtuve una media de notable, lo cual me costó bastante; no porque la licenciatura fuera difícil, sino porque fui lo bastante astuta para no querer una matrícula de honor. Nadie confía en una mujer inteligente. Formo parte del comité de tres organizaciones benéficas: una para alimentar a niños hambrientos, una que protege a las mujeres maltratadas y una para la rehabilitación de burros que han sufrido abusos —me engatusaron un poco para que me uniera a esta—. Soy vegetariana y los únicos problemas que he tenido con la ley son dos multas por exceso de velocidad que me pusieron cuando tenía veintidós y veinticuatro años. Por suerte, la segunda la captó un radar, así que nadie pudo ver lo que llevaba en el maletero del coche.

Matar a hombres malos es mi pasatiempo secreto, el proyecto que me apasiona, lo que me motiva. Es mi humilde intento de acabar con el patriarcado. Empecé cuando tenía doce años, sin querer, y he ido mejorando poco a poco con la práctica. Como pasatiempo, no es tan instagrameable como la repostería, pero al menos es bueno para los muslos.

Es probable que nunca hayas oído hablar de mí, pero seguro que te suenan algunas de mis víctimas. Hay muchos hombres malos en las noticias. Asesinos, violadores, pedófilos, acosadores,

mentirosos, maltratadores, malversadores, estafadores, misóginos, machoexplicadores.

Solo bromeaba con el último. No tengo tanto tiempo libre.

Lógicamente, tengo que mantener mi pasatiempo en secreto, pero no me avergüenzo de ello. ¿Por qué debería avergonzarme de algo que es divertido y que hace que el mundo sea un lugar mejor? ¿Se avergüenza Cher de sus retoques estéticos? ¿Se avergüenza Dolly Parton de sus pelucas?

No, yo me avergüenzo de otra cosa. De algo menos ilegal, pero mucho más complicado. De algo que no es tan fácil de explicar, pero que es más prosaico.

Estoy enamorada.



—¿Qué se siente al atrapar a un asesino?

Jonathan Desrosiers está sentado en una silla azul en el escenario del teatro. Es esbelto, va bien afeitado y lleva unos vaqueros y una camisa blanca. Tiene el pelo oscuro y espeso, y da la sensación de que lo tendría rizado si se lo dejara un poco más largo. Tiene unos pómulos pronunciados y, detrás de las gafas, esconde unos ojos verdes. Estoy en la séptima fila; no me encuentro tan cerca como para verle el color de los ojos, pero lo sé por la foto que aparece en la contracubierta de su último libro: *Sin piedad*.

Estoy muy pillada.

En la pantalla que está al fondo del escenario se proyecta la portada de *Sin piedad*. Jonathan está sentado delante de ella junto con la entrevistadora del festival, una joven muy guapa que parece que se acaba de graduar. Lleva un vestido de flores, unas gafas que son demasiado grandes para su cara y desprende una fingida inocencia que no encaja con su evidente obsesión por el trabajo de Jonathan. De hecho, me atrevería a decir que gran parte del público que ha asistido a este evento literario son mujeres de entre veinte y cincuenta años. Se ve que es la principal característica

sociodemográfica para las historias de crímenes reales hoy en día. Quizá porque estamos todas cabreadas con el mundo.

—¿Qué se siente al atrapar a un asesino? —Jonathan repite la pregunta y me muerdo el interior del labio.

«Conocí» a Jonathan Desrosiers por primera vez a través de su pódcast, *Asesinos a sangre fría*, y cuando digo «conocí», me refiero a que «me tumbé en la cama a escuchar su voz tan sensual hablar sobre crímenes mientras me retorció en las sábanas». De eso hace ya dos meses y me he pegado un atracón de episodios desde entonces.

—No importa cómo me siento —dice Jonathan—. Lo que importa es que se detuvo a Timothy Bachelor y se lo llevó ante la justicia, mientras que se exoneró a Efraín Santander. Y la familia de Lianne por fin pudo tener algo de paz.

—Sí, por supuesto. ¿Pero cómo se sintió?

—Bueno, quiero que quede clara una cosa. No estuve presente cuando detuvieron a Timothy Bachelor. No estuve presente cuando confesó. Esos momentos no fueron míos. Pertenecieron a los excelentes miembros de las fuerzas de seguridad que sacaron a un asesino peligroso de la calle...

—Nunca lo habrían atrapado si no hubiese sido por usted —le interrumpe la entrevistadora—. Habían detenido al hombre equivocado y parecía que estaban orgullosos de su decisión. De hecho, fue gracias a su trabajo que se empezaron a fijar en Bachelor.

Se oye un murmullo de consenso entre el público. A todos les encanta tanto como a mí. Casi les odio por ello.

—Eso fue mérito de mi amigo, el inspector jefe Harrison, quien me dio una oportunidad, escuchó las pruebas que había recopilado y decidió compartirlas con su equipo.

—Era amigo de su padre, ¿verdad? ¿De cuando estaba en la Policía Metropolitana de Londres?

—Así es, y él es el verdadero profesional. Una cosa es resolver un crimen desde tu sillón, pero no sirve de nada si no puedes detener

a nadie. La policía se encargó de la parte peligrosa, mientras que yo estaba sano y salvo en mi estudio, grabando pódcast. Y claro —Jon se inclina hacia delante en la silla, la entrevistadora que está en el escenario también se inclina y yo también, porque ha bajado la voz y no me quiero perder lo que dice—, nunca habría conseguido nada si no hubiese sido por lo valiente que fue la familia de Lianne Murray. Me dedicaron tanto tiempo, muchísimas horas de conversaciones, repasando una y otra vez la peor noche de sus vidas de la manera más precisa posible. Me abrieron la puerta de sus hogares y sus corazones, aunque no tenían por qué hacerlo. Sabían que nunca les iban a devolver a Lianne, pero harían lo que fuera por llevar a su asesino ante la justicia.

Recuerdo el episodio del pódcast en el que visitó la escena del crimen de Lianne Murray con su hermana y su madre. Lo callado que estaba Jonathan, lo respetuoso que era y cómo dejaba que las mujeres hablaran sobre su ser querido asesinado. Se preocupaba mucho por ellas y por Lianne, una chica inocente de diecinueve años cuya vida había acabado antes de tiempo por culpa de un hombre malo.

—La vida de los Murray no ha sido sencilla desde entonces —prosigue—. Marcia tiene un cáncer en estadio IV. Dorothy se sienta cada noche en la habitación intacta de Lianne y habla con su hija. Mientras que Timothy Bachelor, el hombre que mató a su ser querido con una barreta, está tranquilito en la cárcel, estudiando Derecho. Se ha hecho justicia, pero nunca recuperarán a Lianne.

He visto en internet que Jonathan ha donado las regalías de su libro a la familia Murray, aunque ahora no lo haya mencionado. Jonathan es un buen tipo.

—Pero todavía no ha respondido a mi pregunta —dice la entrevistadora—. Una joven fue asesinada de manera violenta mientras corría. La policía detuvo a la persona equivocada. Y un podcastero poco conocido se dio cuenta de que algo no encajaba y trabajó, siguió trabajando, recopiló pruebas e hizo entrevistas, hasta que encontró al verdadero asesino y convenció a la policía para que

lo investigara. Fue gracias a usted que detuvieron, condenaron y metieron en la cárcel a Timothy Bachelor. Gracias a usted. Y le ha convertido en el autor de crímenes reales más famoso del país. Ha resuelto más de media docena de casos abiertos desde entonces. Aunque todo empezó con Lianne Murray y su asesino Timothy Bachelor. ¿Cómo se siente al saber que ha convertido el mundo en un lugar mejor?

Se oye a Jonathan Desrosiers coger aire. Mira hacia el público y durante un instante siento que me está mirando a mí. Pero me he puesto un sombrero y un jersey de cuello alto bastante feo; además, sé que no se fijaría en mí, ni aunque me viese.

—Me siento genial —responde.

Tenemos muchas cosas en común. Qué pena que esté casado. Ah, y que atrape a asesinos. Aunque nadie es perfecto, ¿verdad?